

ven, habituada á las descripciones que se le hacían de estas figuras de facinerosos. Entonces fué cuando Manuela, en un pedazo de papel que la dió el Zarco, escribió con lápiz aquella carta dirigida á doña Antonia en que le daba parte de su fuga.

Después, echáronse á andar los prófugos con dirección á Xochimancas, encumbrando rápidamente la montaña en que vimos aparecer al Zarco la primera vez.

La comitiva continuó callada. De vez en cuando, Manuela, que iba delante con el Zarco, escuchaba ciertas risas ahogadas de los bandidos, á las que contestaba el Zarco volviéndose y guiñando el ojo, de un modo malicioso que disgustó á la joven.

Después la cabalgata comenzó á entrar en un laberinto de veredas, unas serpenteando á través de pequeños valles encajados entre altas rocas, y otras pasando por gargantas escabrosas y abruptas, apenas frecuentadas por bandidos y leñadores.

Por fin, poco antes de mediodía se divisaron por entre una abra, formada por dos colinas montuosas, las ruinas de Xochimancas, madriguera entonces de los plateados.

De una altura que dominaba aquella hacienda arruinada se oyó salir un agudo silbido, al que respondió otro lanzado por el Zarco, é inmediatamente un grupo de jinetes se desprendió de entre las ruinas y á todo galope se acercó á reconocer la cabal-

gata del Zarco, llevando cada uno de aquellos jinetes su mosquete preparado.

El Zarco se adelantó, y rayando el caballo, habló con los del grupo, que se volvieron á toda brida á Xochimancas á dar parte.

Pocos momentos después, el Zarco dijo á Manuela con tono amoroso:

—Ya estamos en Xochimancas, mi vida, ahí están todos los muchachos.

En efecto, por entre las viejas y derruidas paredes de las casuchas del antiguo *real*, así como en los portales derrumbados y negruzcos de la casa de la hacienda, Manuela vió asomarse numerosas cabezas patibularias, todas cubiertas con sombreros plateados, pero no pocas con sombreros viejos de palma; aquellos hombres, por precaución, tenían todos en la mano un mosquete ó una pistola.

Algunas voces, al atravesar la comitiva, gritaban continuamente:

—¡Miren al Zarco! ¡qué maldito!... ¡qué buena garra se trae!

—¿Dónde te has encontrado ese buen trozo, Zarco de tal?—preguntaban otros riendo.

—Ésta es para mí no más,—contestaba el Zarco en el mismo tono.

—¿Para ti no más?... Pos ya veremos...—replícan aquellos bandidos.—¡Adiós, güerita, es usted muy chula para un hombre solo!



— ¡Si el Zarco tiene otras! ¿pa qué quiere tantas? — gritaba un mulato horroroso que tenía la cara vendada.

El Zarco, enfadado al fin, se volvió, y dijo con ceño:

— ¡Se quieren callar, grandísimos!...

Un coro de carcajadas le contestó; la comitiva apretó el paso con dirección á una capilla arruinada, que era el alojamiento del Zarco, y éste dijo á Manuela, inclinándose á ella y abrazándola por el talle:

— No les hagas caso, son muy chanceros. ¡Ya los verás qué buenos son!

Pero Manuela se sentía profundamente contrariada. Vanidosa, como era, y aunque sabiendo que se entregaba á un forajido, ella esperaba que este forajido, que ocupaba un puesto entre los suyos, semejante al que ocupa un general entre sus tropas, tuviese sus altos fueros y consideraciones. Creía que los capitanes de bandoleros eran alguna cosa tan temible que hacían temblar á los suyos con sólo una mirada, ó bien que eran tan amados, que no veían en torno suyo más que frentes respetuosas y no escuchaban más que aclamaciones de entusiasmo. Y aquella recepción en el cuartel general de los plateados, la había dejado helada. Más aún, se había sentido herida en su orgullo de mujer, y puede decirse en su pudor de virgen, al oír aquellas exclamaciones bur-

lonas, aquellas chanzonetas malignas con que la habían saludado al llegar, á ella, que por lo menos esperaba ser respetada yendo al lado de uno de los jefes de aquellos hombres.

Porque, en efecto, ella no podía olvidar tan pronto, por corrompida que se hallara moralmente, y por cegada que estuviera por el amor y por la codicia, que era una doncella, una hija de padres honrados, una joven que, hacía poco, estaba rodeada por el respeto y la consideración de todos los vecinos de Yautepec. Jamás, en su vida, habían llegado á sus oídos expresiones tan cínicas como las que acababa de escuchar, ni las galanterías que suelen dirigirse á las jóvenes hermosas, y que alguna vez se habían arrojado á su paso, tenían ese carácter de infame desvergüenza y de odiosa injuria que acababan de lanzarle al rostro, en la presencia misma del que debía protegerla, de su amante.

Sintió, pues, que el semblante se le encendía de cólera; pero cuando el Zarco se volvió hacia ella, risueño, para decirla: « ¡No les hagas caso! », su amante le pareció, no solamente tan cínico como sus compañeros, sino cobarde y despreciable. Díjose á sí misma, y por una comparación muy natural en aquel momento, que Nicolás, el altivo herrero indio, cuyo amor había desdeñado, no habría permitido jamás que la amada de su corazón fuese ultrajada de esa manera. Por rápido que hubiera sido



ese juicio, le fué totalmente desfavorable al Zarco, quien si hubiese podido contemplar el fondo del pensamiento de Manuela, se habría estremecido viendo nacer en aquella alma, que rebosaba amor hacia él, como una flor pomposa, el gusano del desprecio.

La intensa palidez que sucedió al rojo de la indignación en el semblante de la joven, debió ser notable, porque el Zarco la advirtió, é inclinándose de nuevo hacia ella, le dijo con tono meloso:

— ¡No te enojés, mi alma, por lo que dicen esos muchachos! Ya te he dicho que tienen modos muy diferentes de los tuyos. ¡Es claro, pues si no somos frailes ni catrines! Nosotros tenemos nuestros dichos aparte, pero es necesario que te vayas acostumbrando, porque vas á vivir con nosotros, y ya verás que todos esos chanceros son buenos sujetos y te van á querer mucho. ¡Te lo dije, Manuelita, te dije que no extrañarás, y tú me has prometido hacerte á nuestra vida!

Ese *te lo dije* del Zarco resonó como un latigazo en los oídos de la atolondrada joven. En efecto, comenzaba á sentir la indiscreción de su promesa y los extravíos y ceguedades de la pasión. Inclinó la cabeza y no contestó al Zarco sino con un gesto indescriptible, en que se mezclaban la repugnancia y el arrepentimiento.

Entretanto, habían llegado ya á la capilla arruinada que servía de alojamiento al Zarco, pues las

habitaciones de la antigua casa de la hacienda estaban reservadas á otros jefes de aquellos bandoleros.

Aquel lugar antes sagrado se hallaba convertido ahora en una guarida de chacales. En la puerta, y á la sombra de algunos arbolillos que habían arraigado en las paredes llenas de grietas ó entre las baldosas desunidas y cubiertas de zacate, estaban dos grupos de bandidos jugando á la baraja en torno de un zarape tendido, que servía de tapete y contenía las apuestas, los naipes y algunas botellas de aguardiente de caña y vasos. Algunos de los jugadores se hallaban sentados en cuclillas, otros con las piernas cruzadas, otros estaban tendidos boca abajo, unos tarareaban con voz aguda y nasal canciones tabernarias, todos tenían los sombreros puestos y todos estaban armados hasta los dientes. No lejos de ellos se hallaban sus caballos, atados á otros árboles, desembrizados, con los cinchos de las sillas flojos y comiendo algunos manojos de zacate de maíz, y por último, trepado en una pared alta, vigilaba otro bandido, pronto á dar la señal de alarma en caso de novedad.

Así, pues, los malvados, aun seguros como se sentían en semejante época, no descuidaban ninguna de las precauciones para evitar ser sorprendidos; y sólo así se entregaban con tranquilidad á sus vicios ó á la satisfacción de sus necesidades.

Manuela abarcó de una sola mirada semejanté



espectáculo, y al contemplar aquellas fisonomías de patíbulo, aquellos trajes cuajados de plata, aquellas armas y aquellas precauciones, no pudo menos de estremecerse.

—¿Quiénes son éstos?— preguntó curiosa al Zarco.

—¡Ah!— contestó éste, — son mis mejores amigos, mis compañeros, los jefes... Félix Palo-Seco, Juan Linares, el Lobo, el Coyote, y ese güerito que se levanta es el principal... es Salomé.

—¿Salomé Plasencia?

—El mismo.

En efecto, era Salomé, el capataz más famoso de aquellos malvados, una especie de *Fra Diávolo* de la tierra caliente, el flacucho y audaz bandolero que había logrado, merced á la situación que hemos descrito, establecer una especie de señorío feudal en toda la comarca y hacer inclinar, ante su miserable persona, las frentes más soberbias de los ricos propietarios del rumbo.

Salomé se adelantó á recibir al Zarco y á su comitiva.

—¿Qué hay, Zarco?— le dijo, con su voz aflautada y alargándole la mano.—¡Caramba!—añadió mirando á Manuela, —¡qué bonita muchacha te has sacado!—y luego tocándose el sombrero y saludando á Manuela, la dijo:—¡Buenos días, güerita... bien haya la madre que la parió tan linda!...

Los otros bandidos se habían levantado también y rodeaban á los recién llegados, saludándolos y dirigiendo requiebros á la joven. El Zarco se apeó, riendo á carcajadas, y fué á bajar á Manuela, que se hallaba aturdida y no acertaba á sonreír ni á responder á tales hombres. No estaba acostumbrada á semejante compañía, y le era imposible imitar sus modales y su fraseología cínica y brutal.

—¡Vamos, aquí hay refresco!—dijo uno de los del grupo trayendo un vaso de aguardiente, de ese aguardiente de caña fuerte, mordente y desagradable que el vulgo llama chinguirito.

—No,—dijo el Zarco, apartando el vaso,—esta niña no toma chinguirito, no está acostumbrada; lo que queremos es almorzar, porque hemos andado casi toda la noche y toda la mañana, y no hemos probado bocado.

—A ver, mujeres,—gritó á las gentes que había dentro de la capilla, de la cual se exhalaba juntamente con el humo de la leña, cierto olor de guisados campesinos,—hágannos de almorzar, y tomen esto,—añadió, alargando la maleta que contenía la ropilla de Manuela; ésta sólo conservó su saco de cuero, en que guardaba las alhajas, que nunca le parecieron más en peligro que en ese lugar.

Un grupo de mujerzuelas, desarrapadas y sucias, se apresuró á recibir la maleta, y los recién llegados penetraron en aquel pandemonium, en que se aglo-



meraban objetos abigarrados y extraños, y gentes de cataduras diversas.

Por acá, y cerca de la puerta, se veía la cocina de humo, es decir, el fogón de leña en que se cocían las tortillas, y junto al cual estaba la molendera con su metate y demás accesorios. Un poco más lejos había otro fogón, en el que se preparaban los guisados en ollas ó en cazuelas negras. Del otro lado había sillas de montar puestas en palos atravesados, mecates en que se colgaba la ropa, es decir, calzonerías, chaquetas, zarapes, túnicos viejos de percal y de lana; en un rincón se revolcaba un enfermo de fiebre, con la cabeza envuelta en un pañolón desgarrado y sucio; más allá, un grupo de mujeres desgreñadas remendaban ropa blanca ó hacían vendas, y al último, en el fondo de la capilla, junto al altar mayor, convertido en escombros, y dividida de la nave por una cortina hecha de sábanas y de petates, se hallaba la alcoba del Zarco, que contenía un catre de campaña, colchones tirados en el suelo, algunos bancos de madera y algunos baúles forrados de cuero. Tal era el mueblaje que iba á ofrecer aquel galán á la joven dama á quien acababa de arrebatar de su hogar tranquilo.

—Manuelita,— la dijo, conduciéndola á aquel rincón,—esto, como ves, está muy feo, pero por ahora hay que conformarse, ya tendrás otra cosa mejor. Ahora voy á traerte de almorzar.

La joven se sentó en uno de los bancos, y allí cubierta con la cortina, sintiéndose á solas, dejó caer la cabeza entre las manos, desfallecida, abismada; y oyendo las risotadas de los bandidos ebrios, sus blasfemias, las voces agudas de las mujeres, aspirando aquella atmósfera pesada, pestilente como la de una cárcel, no pudo menos que mesarse los cabellos desesperada, y derramando dos lágrimas que abrasaron sus mejillas como dos gotas de fuego, murmuró con voz enronquecida:

—¡Jesús!... ¡lo que he ido á hacer!

